

Con arrojarnos  
al amor nos basta

Ven a buscarme, hermano, ahora que amo  
con todas las potencias de mi sangre.  
Ahora que mis manos son de furia  
y su pulpa se riega por las calles.

Empezaremos el camino juntos.  
Hablabamos del beso que pusimos  
anoche en nuestra amada. Contaremos  
lo mucho que gozamos y crecimos  
a causa de sus ojos como lámparas,  
a causa de sus labios como espadas.

Esta mañana he construído casas  
para invitar al sueño al hombre humano.  
He puesto el corazón en la ventana  
para que nadie entre con engaño.  
Que el amor debe ser como agua, todo  
transparente, sin mancha ni secreto.  
Cuando el amor se enturbia es egoísmo,  
necesidad, orgullo, humildad, pero  
no es amor, no es amor, hermano mío,  
no es amor, no es amor... Y yo prefiero  
el odio franco, limpio como espada,  
que el amor encorvado y macilento.

(El amor debe darse  
sin esperar el beso.

Brindarlo, nada más, como una fruta  
que cae desde el cielo  
no importa para quién, si para el blanco,  
para el chino o para el negro.  
El amor debe ser como una fruta  
que cae simplemente desde el cielo).

Como para besar acerquemos la boca  
al cuerpo de las frutas. Aspiremos  
ese olor que les sale, como de alma,  
y gocemos el triunfo de estar vivos  
para saborearlas.

Cantémosles amor a los fruteros,  
a la tierra, a las tazas  
donde se empoza el jugo de las frutas,  
a los terrenos que las hacen cálidas,  
a los vientos y soles que las doran,  
a las bodegas que las tornan blandas.

Cantemos a las manos  
que sudan y trabajan.  
Las manos que, de tanto sembrar frutas,  
se han hecho como pulpa, vino, savia,  
y son tiernas y frescas por adentro  
y por encima densas y doradas.

Como si me contara los cabellos,  
los poros, las sonrisas, las palabras,  
cuento a los que padecen silenciosos,  
a los que viven con la voz prensada  
entre las piedras de la transigencia  
junto a los mismos campos de batalla.

Grano por grano yo amo a los patriotas  
que mueren abrazando la metralla,  
pensando en la alegría o en la esposa,  
invocando a su madre, a una muchacha,  
soñando que la muerte no los ama,

que los ama la carne de la patria.  
Todo me llega a mí, hermano hombre,  
como sobre una dura, angustiada agua.

Como si en cada sitio de la tierra  
mis ojos estuvieran siempre en guardia.

**¡Salgamos al amor, hermano hombre!  
Con arrojarnos al amor nos basta.**

**Que las doctrinas pierdan hueso y forma.  
Con arrojarnos al amor nos basta.**

**Que los países rueden sin amarras.  
Con arrojarnos al amor nos basta.**

**Que nadie vede el paso a los caminos.  
Con arrojarnos al amor nos basta.**

**Que incineren la ley y las fronteras.  
Con arrojarnos al amor nos basta.**

**Que los templos se doblen desangrados.  
Con arrojarnos al amor nos basta.**

**Que desamarren todas las ideas.  
Con arrojarnos al amor nos basta.**

**Para que cada lengua tenga un canto,  
con arrojarnos al amor nos basta.**

¡Abre la puerta, hermano!  
Abre tu soledad, tu amor, tu alma.  
La que durante tantas navidades  
tuvo pared cerrada  
por donde descendía el tedio, oscuro,  
como una goma lenta, acongojada.

¡Abreme el corazón, hermano hombre  
y andaremos de pie sobre las aguas!

En el lomo del último horizonte  
dejaremos la paz y la esperanza  
como lunas inmensas, suspendidas  
sobre odios, crepúsculos y almas...

¡Abre tu soledad, hermano hombre!

Con arrojarnos al amor nos basta.